

Sigue el donativo voluntario para vestir y armar el regimiento fijo de infantería de esta ciudad.

D. Ramon y D. José Lorenzana 25. D. Rafael Espinosa 10. D. Vicente Manero 10. D. Jacinto Marin 10. El Sr. asesor D. Manuel Mimiaga 4 arrobas de lana. Don Manuel Santaella 25. D. Manuel Soto 15. D. Vicente Tatura 25. Doña Petrona Manzano 10. D. Leon Ruis 8 pesos y 26 mantas. D. Juan María Perat 12. D. Marcelo Acuña 25. D. Manuel Vega 4. D. Santiago Ortega 20. D. Juan José Varela 5. D. Antonio Salanueva 4. El Sr. regidor D. José Varela 50. D. José Antonio Castellanos 10. D. José Mariano Monterrubio 50. D. Francisco Monterrubio 150. D. Manuel Ortiz Prieto 8. El Sr. Prebendado D. Francisco Núñez 12. El Br. Don José María Ydíquez 4. El Br. D. Antonio Araujo 10. Don Miguel Neira 5.

S. C.

CORREO AMERICANO DEL SUR. (NÚM XVII.)

Juésves 17 de Junio de 1813.

Año tercero de nuestra gloriosa insurrección.

TEHUANTEPEC.

El Sr. Mariscal de Campo Don Mariano Matamoros al Exmo. Señor General del Sur.

Excelentísimo Señor:

La valiente division, que tengo el honor de mandar, ha triunfado completamente del enemigo, sin embargo de que éste ha rehusado el choque en todas ocasiones; de suerte que hemos tenido que caminar muchas leguas para efectuar el combate. Creía batirlo en Tehuantepec, y aún esperaba yo que él atacase ántes, segun los deseos que me dijeron tenia Manuel Dambrine, capataz de la cuadrilla, de conocer á V. E.; pues preguntaba á menudo por su persona; mas como el brío y valor de estos malvados consiste solo en las palabras, todo ha sido huir de nosotros.

Hallábame acampado en Jalapa, punto inmediato á Tehuantepec, esperando que la tropa se repusiese de la fatiga anterior, correspondiente á tan larga caminata, y que pasasen los días de juésves y viérnes santo, que creí no debíamos emplear en derramar sangre, cuando el mártres por la noche tuve noticia segura de que Dambrine levantaba á toda prisa el canton, sin duda para fugarse á Guatemala. En el momento dispuse mis soldados para impedir aquella

marcha; de manera que á las cinco de la mañana siguiente llegué á Tehuantepec en compañía del Sr. Intendente de Ejército D. Antonio Sesma y Alencaster que se me acababa de reunir. Encontré la villa despoblada, porque desde la noche precedente habian desamparado la plaza los bandidos, con tal precipitacion, que ni las cargas de mayor importancia, objeto comun de sus desvelos, pudieron llevarse consigo.

Con todo, procuré asegurarme de aquella salida no fuese algun ardid: registré los puntos que me parecieron peligrosos: observé si se habian alojado por las inmediaciones ó refugiado en algun pueblo vecino, y descubrí que no habian tenido otro motivo para salir, que un miedo inexplicable al ruido de nuestras armas. Allí me informé de que aquellos fanáticos venian tan presuntuosos, porque estaban creídos en que V. E. habia sido derrotado completamente por los cobardes París y Rionda; y en que Oaxaca se hallaba amenazada por diversos puntos de un número considerable de tropas: ya se vé, tal es el éxito que tienen los miserables por sus credulidades.

Por la religiosa consideracion de que hablé ántes, no salí hasta el sábado inmediato en su persecucion, resuelto á desbaratarlos donde quiera que los alcanzase. Ya podrá considerar V. E. la ventaja que nos habrian sacado, como que estaban descansados, iban en caballos de refresco, y llevaban tres dias de camino; mas sin embargo emprendimos la marcha. Hubo jornada de diez y seis leguas, de suerte, que cuando nuestra descubierta llegó á divisar á los faustos, ya mis soldados estaban fatigadísimos; pero siempre ardiendo en deseos de vengar los agravios hechos á su nacion.

El domingo de pascua, cuando yo ya desconfiaba de al-

canzarlos, recibí parte del capitan D. Rafael Buenbrazo, á cuyo cargo iba la avanzada, de que habia conseguido acercarse á la enemiga, la cual despues de haber hecho algunas escaramuzas de poco interés habia vuelto á continuar su fuga. El dia siguiente, como á las dos de la tarde, recibí otro parte del capitan de avanzadas D. Manuel Zavala, puesto cerca de la raya que llaman de Tonalá, en que me participaba haber alcanzado un trozo del enemigo como de doscientos hombres, y que por hallarse en un punto desproporcionado y sin orden expresa al efecto, no rompía el fuego; pero que los sesenta hombres que llevaba estaban deseosísimos de romperlo.

Noticia tan placentera me hizo comunicar las órdenes correspondientes para acelerar la marcha. Dispuse que solo trescientos hombres de caballería, algunos infantes y tres cañones se adelantaran para poder llegar pronto á las manos con los perversos, y contenerlos, mientras que el resto de la division se acercaba á esterminar tan pestífera raza; así fué, con la circunstancia de que de momento en momento se adelantaban algunos soldados por las ganas que tenian de devorar á los ministros del tirano; de manera que sin artillería y con aquellos pocos comenzó la accion en la raya de Tonalá. Conforme iban llegando los demás les destinaba yo el lugar que debian tomar, hasta que tuve la desgracia de que una bala de fusil me rosara el muslo izquierdo, sin haberme causado mas daño, que romper el pantalón y quemarme el pellejo. Por lo pronto creí que fuera grave la herida, y me retiré un instante á vendar la pierna; pero mirando que no era cosa de cuidado, volví á continuar mis disposiciones.

El punto que el enemigo eligió para resistir fué un cerro que tendria de alto como cien varas, y de circunferencia

como quinientas, coronada de peñas muy gruesas al derredor; de forma que estaba en la mejor disposicion para defenderse de un ejército entero. Tenia colocada su artillería del modo mas cómodo, y parapetado con los peñascos dirigia los fuegos con acierto.

A poco de comenzada la refriega llegó el brioso Señor Intendente de Ejército con un trozo de tropa que colocó en un bosquecillo, desde donde pudo obrar con provecho. El choque empezó á las tres de la tarde, y eran mas de la cinco sin que por ninguna parte se advirtiese ventaja, á pesar de que el fuego era vivísimo por ámbas: ansioso yo entónces de que tomase aspecto favorable el combate, ordené que Don José Antonio Rodríguez teniente coronel del régimientó de San Pedro con treinta dragones de su cuerpo y alguna infantería, del de la Virgen del Cármen, y el teniente D. Joaquin Miranda con diez granaderos del mismo, avanzasen por el frente, principal entrada al cerro, con el designio de que divertido el enemigo por este punto mirando nuestros conatos por allí, destináse mayor número de gente por aquel paraje, desatendiendo un algo los demas, y mientras un trozo de americanos pudiese sorprenderlo en la eminencia. Entre tanto se ejecutaba por tal punto esta disposicion, ya D. Mariano Rodríguez capitán de la primera compañía de granaderos del Cármen con cuarenta de ellos, el de fusileros D. Francisco Quirós, el de igual clase Fray Pascual Jimenez, el teniente de dragones de San Ignacio Don Mariano Moreno, el alférez de San Pedro D. Mariano Serrano, y un sargento con cuatro hombres de este regimiento, marchaban con serenidad por el lugar que se les habia señalado para flanquear al enemigo, y trepar á la cima de aquel cerro.

Casi al mismo tiempo que los perversos abandonaron el punto por donde el teniente coronel Rodríguez los atacaba dejando allí seis cañones, se presentaron sobre ellos el capitán Rodríguez y sus compañeros arrojando el fuego mas horroroso: aturdidos entónces los malvados, y azorados al ver casi á sus pechos las bayonetas de los granaderos, dieron la estampida mas vergonzosa, desamparando cuanto habia y gritando «ahí están los judios de las gorras amarillas».... Era ya de noche cuando se terminó la obra, y como los faciosos se fugaron por un bosque muy espeso, apenas pudo perseguirlos un trozo que destiné al efecto; ni era prudente empeñarse mucho en el alcance, porque en aquel lugar montuoso seria muy fácil que nos causasen algun daño.

Les hicimos presa de cuantos cañones y pertrechos traían, de diez y seis armadas, de muchas armas de fuego y de distintos renglones de comercio; todo lo cual consta mas circunstanciadamente en los tres estados que acompaño á V. E. Otras muchas armas vendió Dambrine, que nosotros no pudimos aprovechar; porque las estrellaban los fugitivos en las peñas, reduciéndolas á menudos fragmentos con el intento de que no nos sirviesen.

La pérdida enemiga no se pudo averiguar á punto fijo; pero fué de alguna consideracion, pues aunque en el cerro hallamos pocos muertos y heridos, al dia siguiente se encontraron por los montes y breñales mas de catorce cadáveres. La dispersion fué tal que no quedaron diez hombres reunidos, cayendo algunos prisioneros. Por nuestra parte perecieron cinco, y uno ú otro herido. Consistía la fuerza en setecientos hombres de fusil, doscientos de lanza y trescientos de caballería.

Las circunstancias solas de la expedicion estan recomen-

dando el valor y constancia de la tropa, que en esta ocasion me ha parecido inimitable; y aunque no mas los oficiales de que he hablado explicaron su denuedo, arrojándose sobre el enemigo en los términos que lo hicieron, no les faltó deseo á otros muchos; sino que fue preciso contenerlos, para que no desamparasen sus compañías y los puntos de que estaban encargados. Puede descansar V. E. en la valentía de esta division, asegurado de que no desmentirá el grado de reputacion que justamente se ha grangeado el ejército del Sur. Me ha parecido conveniente dejar en la raya un destacamento de doscientos hombres, para evitar nueva ocupacion de nuestros territorios.

Es inconceivable el punto de ferocidad á que han llegado estos bárbaros. Luego que se vieron perdidos, no tuvieron otro desahogo que disparar sus fusiles contra los prisioneros que sin delito alguno, habian cojido en Tehuacantepec; de manera, que unos murieron, otros resultaron muy mal heridos, y algunos tuvieron la fortuna de escapar.

No sé á que atribuir el procedimiento de estos perversos ejecutados en Tequisistlan; lo cierto es que encontré allí enterrados entre la basura un crucifijo del Sr. de Esquipulas y una imágen de la Purísima Concepcion. He mandado que ambas se conduzcan á Oaxaca para colocarlas en alguna iglesia, ó con la debida veneracion.

De Tehuantepec en adelante tenian estos malévolos tan infantuada á la gente con sus patrañas, que no habia pueblo que no encontrásemos vacío; pero en el dia han vuelto ya muchos de sus vecinos, y estan llegando continuamente, en virtud de las proclamas que he dirijido por todos rumbos, desengañándolos del concepto que de nuestros ejércitos les habian hecho formar estos idiotas desgracia-

dos. No así los Tehuantepecanos, cuyo porte me ha dejado lleno de satisfaccion, y creo deberlo recomendar á V. E. para que sepa que en esta villa puede contar con muy buenos patriotas. Tuve que celebrar el que las inditas del país iban diariamente á esperar que abriesen las puertas de los hospitales, para alimentar, medicinar y socorrer á los enfermos insurgentes.

Remito á V. E. copia del manifiesto que he enviado al Sr. obispo de ciudad Real, á su Ilustre Ayuntamiento y á las repúblicas de aquellas demarcaciones para que abriesen los ojos. No queda que desear: todo se ha concluido felizmente. Los pueblos se hallan en la mayor tranquilidad, y yo con la confianza de que no volverá el gobierno de Guatemala, sino con temeridad, á disponer otra expedicion que nos moleste. Dambrini vá azorado y lleno de escarmiento. En cuanto acabe de arreglar las cosas por estos países, marchó á Oaxaca, á esperar las órdenes que V. E. tenga á bien imponerme.

Dios guarde la muy importante vida de V. E. muchos y felices años. Tehuantepec, Mayo 8 de 1813.—Exmo. Sr.—*Mariano Matamoros*.—Exmo. Sr. D. José María Morelos, capitan general de los ejércitos americanos.

Los estados, que acompañaban á este parte contienen lo siguiente:

ARMAS Y PERTRECHOS.

Cañones de artillería de varios calibres, 9.—Fusiles, 136.—Escopetas, 57.—Armadas de seis cañones cada una, 16.—Lanzas, 84.—Pólvora en general, 19 cajones.—Saquetes, 422.—Metralla, 8 cajones.—Saquetes, 204.—Estepi-

nes, 1600.—Balas de cañon, 6.—Cartuchos embalados de fusil, 8720.—Bala suelta de id., 14 arrobas.—Cureñas inútiles 5.—Hachas vizcainas, 13.—Llantas de fierro, 14.—Machetes cortos, 34.—Fierro platina, 5 arrobas.—Id. viejo, 6 y media arrobas.—Azadones, 13.—Picos, 2.—Martillos 5.—Hoces, 16.—Pujabantes, 2.—Pares de tenazas, 2.—Coas, 3.—Barretas 10.

S. C.

CORREO AMERICANO DEL SUR. (NÚM. XVIII.)

Juésves 24 de Junio de 1813.

Año tercero de nuestra gloriosa insurreccion.

Concluye el artículo doctrinal comenzado en el número XIV.

No por eso han de permitirse libros impíos, esto es, los que atacan no solo la moral, sino el dogma que lo sostiene. Es no conocer los hombres pensar, que seguirán la moral los pueblos cuando no respeten sobre ella una sancion divina; mientras ellos no vean en el secreto de su conciencia un juez eterno, que ha de castigar infaliblemente las pasiones, no detendrán su mano, sino, cuando teman el castigo de las leyes; corazones corrompidos hallarán arbitrio de iludiarlas, y Dios nos libre de un pueblo semejante. No ha sido la revolucion de Francia con sus bellas teorías la causa de tanta sangre y crímenes, que han terminado con la esclavitud: ha sido la desmoralizacion del pueblo obra de sus filósofos. ¿Y que atacaban éstos la moral? No, se habrian hecho detestables, mil elogios les debió la moral del Evangelio. Voltaire derrama moral hasta en sus comedias; pero atacaban el dogma, y con él cayó la moral, faltó la religion, sin la cual decia con razon Tácito, es tan imposible fundar una república como una ciudad en los ayres. Velen pues los obispos y curas para conservar la pureza de la fé, como la conservaron doce siglos contra todos los ataques de la impiedad y la heregía; adviertan á los fieles, y advier-